

lujo pueril, exajerado, de que rodea la casa, llenándola de cortinajes, de muebles, etc., sacrificando a una belleza mal entendida lo que podría ser verdadera comodidad si presidiese al ornamento la necesidad, la conveniencia, que debe ser en todo nuestra mira particular y no la tonta vanidad y el capricho que a nada conducen. De aquí que esas casas repletas de inútil mobiliario, cerradas sus puertas con coloreadas vidrieras sean tan antihigiénicas como la inmunda buhardilla de un pobrete.

Comienza a iniciarse, por el elemento acomodado, cierta inclinación a la vida campestre. La construcción de «chalets» en las afueras de las ciudades es una manifestación de protesta a la vida en la misma. La independencia con que se constituyen denota también la necesidad sentida de hacer las casas con la separación necesaria a fin de que no resulten esas aglomeraciones absurdas que caracterizan la ciudad moderna, como por ejemplo los edificios bárbaros de 15 o 20 pisos que se levantan en la gran ciudad de New York.

Esta decisión aceptada recientemente de vivir, ya en chalets en las afueras de las ciudades, o en el campo en lugares a propósito, con todo el «confort» necesario, no es nada nuevo, ya lo hicieron en sus buenos tiempos nuestros abuelos: las hermosas quintas de recreo, son todavía testigos de ello. Seguramente se entendió que el hacer vida fuera del tumulto humano, era capricho tonto de viejo y se quiso abandonar tan sana costumbre, pero ha tenido que ser acogida nuevamente para suavizar un tanto la ruidosa y exaltada vida de la ciudad y poder recuperar en el retiro la gran cantidad de «energías» que en ellas se pierde.

La ciudad es una individualidad como otra cualquiera, nacida de multitud de circunstancias; su existencia ha aparecido en todos los lugares del planeta y se ha intensificado según las necesidades del conglomerado en ella existente. Muchas han sido las que han obtenido renombre universal y

que han llegado a ser «faro» luminoso de todos los demás centros de residencia humana, ejemplos: Nínive, Babilonia, Smirna, Samarcanda, Alejandría, Atenas, Roma, etc., en la antigüedad; París, Madrid, Barcelona, Berlín, Viena, Bruselas, New York, Habana, Buenos Aires, etc., entre las modernas. Cuando hablamos de ellas tal nos parece que se trata de un ser viviente: sus habitantes nos creemos son las «células» vitales de que están compuestas. Cuando decimos París, en nuestra imaginación se reflejan, no solamente los individuos residentes en la populosa capital, sino también sus edificios, sus bulevares, y hasta el Sena aparece envuelto en la imagen; tal es la idea que de la ciudad nos tenemos hecha, idéntica a la de la «colmena», que siempre nos la figuramos con sus correspondientes abejas.

Es, pues, lógico suponer que las tales individualidades llegarán a desaparecer en cuanto el hombre incline su atención vital en otro sentido que lo hace actualmente. La ciudad, entre otros factores, ha nacido con el mercantilismo y con él sucumbirá. En cuanto las agrupaciones humanas libren la subsistencia de otra manera, cosa que necesariamente tiene que acontecer, puesto que se halla en el orden evolutivo del progreso intelectual humano, entonces será abandonada por innecesaria, sustituyéndola a una expansión mayor de terreno en que establecerá el hombre sus viviendas y por ende sus asociaciones. No sería aventurado asegurar que la inclinación, ya notada, hacia la labor agrícola podrá ser la causa de su desalojo en el futuro, aparte de la necesidad que le impulsará a repudiar la vida antihigiénica de la misma. Esto, como es lógico suponer, no acontecerá de golpe y porrazo sino paulatinamente, como todo sucede, acomodándose, poco a poco, a las necesidades del medio, ni desaparecerán al unísono sino que comenzará por las que más pronto a ello obliguen las circunstancias, los factores que den margen a que se produzca la nueva evolución.